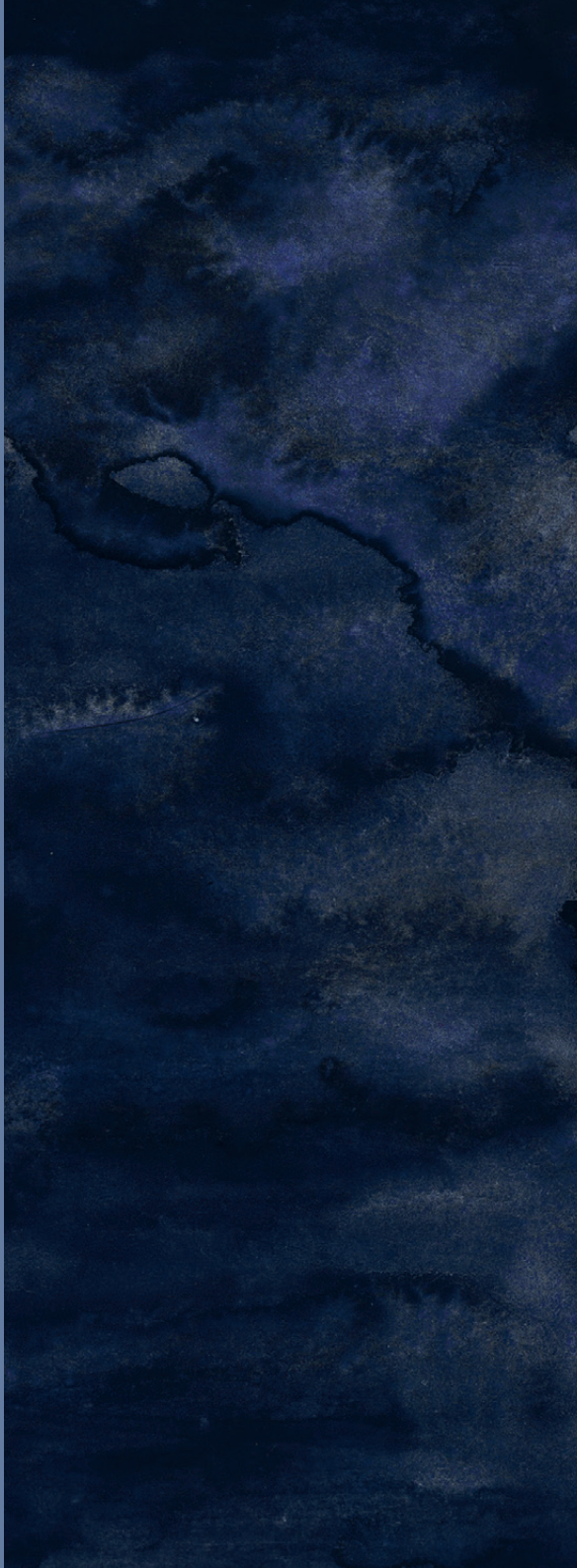


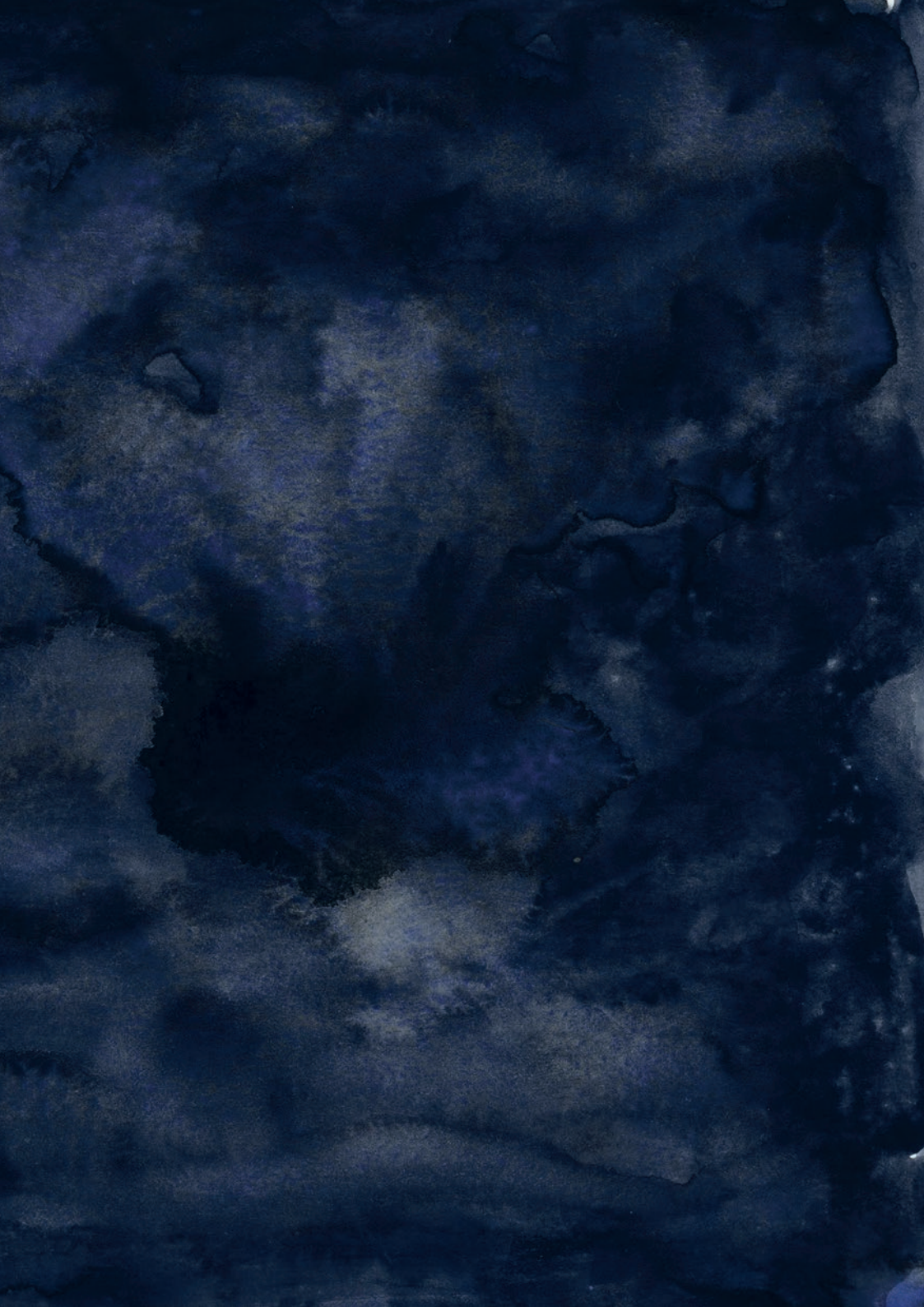
LUCIANO DEBANNE

20p

JP BELLINI









EDICIONES DE LA TERRAZA

LUCIANO DEBANNE

20p

JP BELINI



Luciano Debanne

JP Bellini



Ediciones de la Terraza

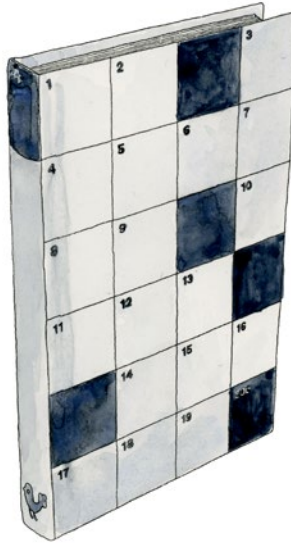
Ponemos la pava para tomar el mate o café de la mañana, después viene el viaje en colectivo, mientras tanto, las redes sociales y ese rato libre antes de empezar a trabajar. Desde la pantalla del celular o la computadora nos encuentran las primeras palabras del día: un texto de Luciano. Comentar y compartir son las dos acciones inevitables que siguen a continuación. Sentir propios los relatos y llevarlos a otro lugar. Al muro propio, a la radio, convertirlos en un podcast, en una lectura compartida en voz alta, en la recomendación amorosa con la que se da un abrazo compañero. Desparramarlos como quien siempre panaderos en el viento.

A veces pasa que ves algo, nada en particular, un objeto tal vez, algo que forma parte de ese mundo cotidiano que nos acompaña sin que le prestemos demasiada atención. Pero eso, que no es nada, significa mucho en el contexto adecuado. La mirada que descubre un cosmos de sentido se devela, a veces, en una pincelada como las de JP. Entonces, se hace visible ese mate, esas zapatillas con abrojos, ese sobrecito de azúcar, ese objeto que siempre estuvo pero ahora forma parte de nuestra historia personal y ya no lo podremos dejar de percibir.

20p nació en las redes sociales. A través de un pasamanos viaja proponiéndonos mutar los modos de leer. Volverse libro solo es otra forma de poderlo compartir.

20
textos





Si yo escribiera un libro me gustaría que sea un libro para leer en el baño, o en la sala de espera de los dentistas o en la peluquería.

Un libro que ya se venda viejo, del año pasado, y con las tapas dobladas hacia afuera porque alguien las enrolló. Las hojas ya medio amarillentas.

Si yo pudiera escribir un libro me gustaría que esté en las cajas de ofertas, esas forradas con papel rojo, de los kioscos de revistas de las terminales. O en las bibliotecas de las tías abuelas, en medio de colecciones editoriales que vinieron con el diario, o que vendieron una vez puerta por puerta, un muchacho bien parecido y una chica muy simpática.

Me gustaría que mi libro quede olvidado en el asiento del colectivo de media distancia, subrayadas con una Bic azul las partes mejores, y en la contratapa anotado un número de teléfono que ya nadie se acuerda de quién es.

Si escribiera un libro me gustaría que huela como olían las novelitas de vaqueros que leía mi abuelo o las policiales que le gustaban a mi abuela. “No se venden, solo intercambio: traés dos y te llevás una” como las de Agatha Christie en las librerías de usados, allá en los noventa.

Si yo escribiera un libro me gustaría que alguien lo encuentre en las librerías de saldo y se lo lleve para pasar el rato, mientras espera en el bar o en la plaza al amor de su vida, o hace la cola interminable en el Banco Nación de la Plaza Colón, donde no te dejan usar el teléfono y el tiempo se arrastra como si la ciudad afuera no existiera.

Me gustaría que a una hoja de mi libro le falte una esquina –arrancada en algún infortunio– y tenga varias esquinitas ajadas de haberlas doblado para marcar la página.

Me gustaría que uno sienta que eso que está ahí ya lo había leído en algún lado, o mejor, escuchado en alguna parte: en el almacén, en la radio o en la cancha.

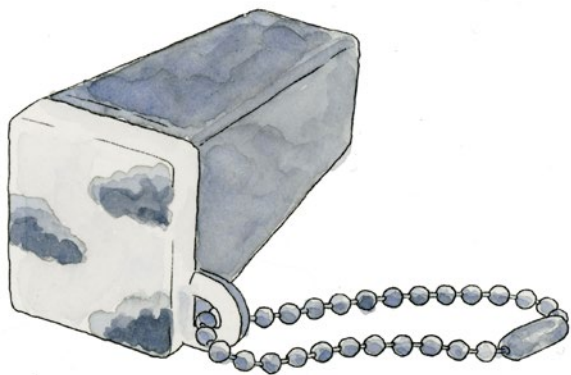
Si yo escribiera ese libro me gustaría, además, que fuera un libro que te golpee como un izquierdazo a la mandíbula, que comprenda lo que sucede en su tiempo, que escape a la antología del llanto.

Me gustaría además que sea un libro de poesía. Poesía al paso, para ser leída en el tranvía, como decía el maestro, pero que el lector no lo sepa. Que sea un libro de poesía escrita como se escribe una receta de cocina, un horóscopo, un sudoku.



Hoy en un bar:

- Un señor toma su café con la cucharita adentro.
- Dos, que están en pareja desde hace mucho, comparten una mesa sin hablarse.
- Una adolescente hace gala de su belleza y su juventud mientras espera un jugo.
- En una mesa vacía descansa, bajo el vasito de soda, la propina y un papel con anotaciones ilegibles.
- Alguien escribe un poema en la computadora.
- Un cuarentón se acomoda el pelo usando el teléfono apagado como espejo.
- Un hombre gordo, de bigotes entrecanos, se acomoda la camisa adentro del pantalón y se le marca, aún más, la panza.
- Una mujer, enteramente vestida de blanco, tienta a la suerte y se niega a creer que la tragedia de una taza chorreando café es algo que pueda sucederle.
- Un hombre se dejó la gorra puesta, una mujer se maquilló de más, un pelado se ríe con una carcajada.
- Una moza se aburre para siempre de su trabajo.
- Dos tienen su primera reunión de negocios del día.
- Un muchacho mira caer la lluvia por la ventana, y piensa, con los ojos llenos de melancolía.
- Suena un teléfono y por un segundo todos se preguntan si es el propio.
- Dos señoras mayores intentan acomodar sus carteras en una mesa apretada y de pocas sillas.
- Alguien abre un diario: las abuelas encontraron a otra nieta.



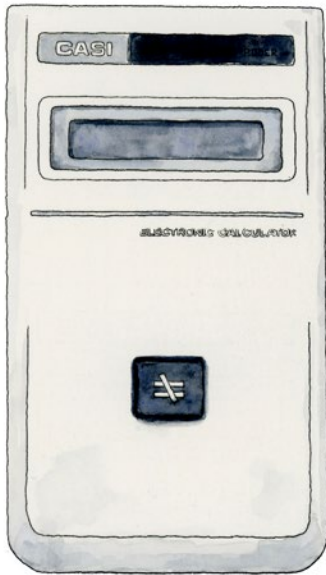
Yo creo que hay que mirar el mundo

fascinado, no porque el mundo sea necesariamente fascinante, sino porque la mirada debe arder en fascinación.

Mirar como miran las calles más corrientes los turistas, como se miran las imperfecciones los novios nuevos o los amantes furtivos, como mira una madre a su hijo recién nacido cubierto de sangre y de su dolor, como mira la primera reunión un militante nuevo, como mira un salto mortal sin red un niño en el circo. Como cuando uno lee por primera vez el poema que le quedará para siempre danzándole en la pena o en la alegría, a pesar de que quizás sean solo pobres versos, palabras efímeras mal encuadradas, escritas hace tanto tiempo que ya no hablan de lo que hablaban o escritas hace tan poco que aún no alcanzan a hablar de nada.

Yo creo que hay que hacer un esfuerzo por mirar el mundo fascinadamente. Mirar sus rabias, sus dolores, su olor a mierda, sus goces, sus pasiones, sus atardeceres melancólicos, sus veredas rotas, sus cielos lluviosos, sus chimeneas humeantes, sus muertos, su hambre, sus perros, su traición... Mirarlo todo con los ojos liberados de rutinas. Y contarles a otros con asombro, con pasión, con hambre de ser oídos, contarles a todos nuestra fascinación.

Yo creo que habría que intentar hacer eso todos los días. Aunque sea para ver qué pasa, aunque sea para probar algo diferente a esto que hacemos ahora, a este modo de mirar como si todo fuera una película del domingo a la tarde en la televisión de aire; como si la vida no hubiese empezado hace tanto y supiéramos que igual nos vamos a morir.

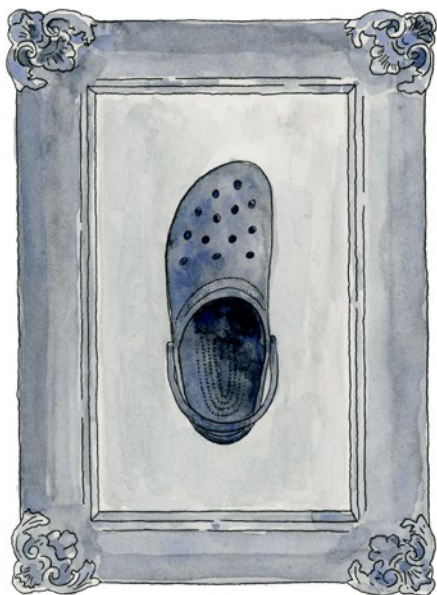


H4y qu13n35, 4qu1, 71p34n 5u5 d3530s 3n
c4lcul4d0r4s. Cr33n qu3 4s1 713n3n m4s ch4nc35 d3 qu3
53 h4g4n r34l1d4d.

P08r35, qu3 p3n4 d4n.

51n 3m84rg0 h4y qu3 3574r 473n705 p0rqu3 cu4nd0 3l
p0d3r r3574, 73 h4c3 r3574r.

Y d3 r3p3n73 un0 74m813n 3mp13z4 4 c4lcul4r c4d4 v3z
qu3 53 d15p0n3 4 p3n54r.



Yo veo mucha gente que hace cosas buenas, pero no las hace lindas.

Algunos incluso desprecian esa preocupación: “Qué importa si es lindo o no”, dicen. “¡Qué importa!”... madre mía: ¡Lo hacen feo a propósito!

Desprecian la belleza, como si pudiéramos darnos ese lujo. Como si la fealdad o, peor aún, el menosprecio por la hermosura fuera de alguna manera funcional a la creación de mundos más justos, mejores. Como si más feo fuera más genuino.

Algunos hasta creen que es algo superfluo. “Como un envoltorio”, dicen, y levantan los hombros y ponen cara de “da igual”. Como si un regalo de cumpleaños, por ejemplo, fuera otra cosa que el papel que lo envuelve y el moño que lo adorna.

La mayoría no entiende que desprecian la belleza porque ya la perdieron, la entregaron. Creen que la belleza es una potestad del mercado. Creen que tiene que ver con normas y estereotipos y modelos. Creen que la belleza se trata de determinados colores, cortes de cara, paisajes o lujos. Eso pasa, creen que se trata de un lujo.

Y entonces ensalzan lo más feo como si fuera una virtud, una identidad. Creen, por ejemplo, que la fealdad de la miseria es una postal que de alguna manera dignifica, creen que un texto feo es más inteligente que un texto bello, creen que... se la creyeron, compraron la idea de que es un lujo, que la belleza es un lujo para pocos.

Y entonces rechazan la belleza porque creen que lo que están rechazando es al mercado, la exclusión del mercado. No es así muchachos, no es así, todo lo contrario. Es el mercado el que nos arranca de las manos el derecho a la belleza.

Yo, en cambio, creo que quien renuncia a la belleza, a la batalla para que todos gocen de la belleza, renuncia a la posibilidad de mundos más justos y dignos. Quien saca esa dimensión de sus proyectos transformadores la pifia, feo. ¡Ja! Feo.

¿Qué quieres que te diga? Para mí, renunciar a la belleza es un acto conservador, igual, igual a renunciar a la alegría.



¿Sabes qué pasa? Es que hay causas que requieren poesía.

Quizás no todas, pero algunas cosas necesitan poesía. A ninguna le viene mal, pero algunas causas requieren poesía.

No necesariamente poemas, con rimas consonantes y adornos rococó. Pero sí poesía.

Pasa que algunas causas afrontan el abismo, lo desconocido, lo innombrable. Ahí afuera hay quienes miran a la bestia a los ojos y los salpica su hedor. Y esas causas, esas causas necesitan poesía.

Y no es de literatura que te hablo, de libros y de escritores. Te hablo de otra cosa. De la vida y la muerte, de la injusticia, del hambre y el dolor, de eso te estoy hablando; y de la

alegría de cambiar el mundo, de parir mundos nuevos, en medio de la sangre y el dolor y la mierda.

Yo sé, no creas que no sé, que para dar vuelta la tortilla hay algunas tareas administrativas, y pobre de quienes las desprecian, porque si esas cosas se hacen bien, una familia come o miles tienen trabajo, y si se hacen mal...

Ves, yo no digo que la respuesta a todos los males de este mundo es la poesía, yo no digo que todo sea discurso y nada más. Nada de eso.

Yo solo digo que algunas causas, algunas, requieren poesía. Que algunas cosas son a condición de ser narradas correctamente, y que a veces, no hay palabras para contarlas. A veces no tenemos, no hay, no existen las palabras precisas. Porque hay cosas que son pensadas por primera vez, o son tan dolorosas, o tan hermosas que no pueden ser dichas bruscamente, como se piden cien gramos de tornillos en la ferretería o se certifica el domicilio en la comisaría del barrio. Algunas cosas requieren el titubeo de la poesía, la imperfección de la palabra que se vomita o se entrega, a pesar de ser incompletas, a pesar de sus inexactitudes.

Es así, me parece a mí que es así, hay causas que requieren poesía. Hay cosas tan innombrables, tan inasibles, tan inconmensurables, mirá lo que te digo, que a veces ni siquiera alcanza con la poesía que tenemos.

Y entonces hasta hace falta inventar nuevas formas de poetizar, de profetizar. A veces de eso depende la vida.

Hay veces que necesitamos poesía. Para sobrevivir, para existir, para que sea posible.

Aunque, bueno, ya sabemos, casi nunca es eso y nada más.



¿Qué forma tiene tu hambre?

¿Es el hambre del que vuelve de madrugada de una fiesta, mezclada de sueño y agite?

¿Es el hambre que nace del trabajo físico, del ejercicio, ese hambre que está en todo el cuerpo?

¿Es el hambre que compara las fotos sobre la cabeza de la piba en el mostrador y quiere todo, y quiere más?

¿Es el hambre de la tarde, que pide tele y sillón?

¿Es el hambre del ayuno, un hambre redentor?

¿Es el hambre del invierno, hambre de algo caliente?

¿Es el hambre de despertarse a la madrugada cuando se cenó livianito? ¿Es el hambre del mar, de la pileta, del aire libre?

¿Es el hambre de esperar el asado y entrarle al pan?

¿Ríe tu hambre? ¿Celebra? ¿Es una anécdota?

¿Protesta? ¿Hace huelga? ¿Es hambre de justicia?

¿Se acaba tu hambre o es para siempre?

¿Duele tu hambre? ¿Llora? ¿Tu hambre llora?

¿Mata? ¿Tu hambre te mata?

¿Está presa tu hambre? ¿Deambula por las calles, duerme a la intemperie tu hambre? ¿La persiguen? ¿Tiene frío?

¿Tu hambre genera desprecio? ¿Da pena? ¿Genera miedo?

¿Da miedo tu hambre? ¿Le temen a tu hambre?

¿Qué tiempo tiene tu hambre? ¿Qué edad tiene? ¿Es niña tu hambre? ¿Es vieja?

¿Cuántos años tiene el llanto de tu hambre?

¿Cuántas lágrimas tienen los años de tu hambre?

¿Tiene dueño, tu hambre? ¿Tiene culpables? ¿Tiene nombre?

¿Cuál es el nombre del hambre? ¿Qué comió hoy?

¿Cuántas veces?



Se calienta sobre una hornalla

un jarrito de aluminio. Tan él, tan liviano, tan blando, tan baratito y sin pretensiones, tan firme junto al pueblo.

Se calienta sobre la hornalla, su manijita negra, sus remaches, sus abolladuras, su piquito dibujado a fuerza de torceduras, su ascetismo de pobreza.

Su tizne negro y eterno, su aureola dorada que dejó la leche de tanto intentar subir, su humildad en la tarea, su persistencia en la adversidad. Su empecinamiento por el fuego, por la épica mínima.

Se calienta sobre la hornalla un jarrito de aluminio. Irradia tibieza en un comedor de una escuela, o una barriada, donde poco a poco empieza a sentirse el frío. El repasador al lado, un colador quizás.

Se calienta sobre la hornalla bajo la mirada atenta de la cocinera, las manos sobre el delantal, los chicos que se sientan, y el frío que llega de a poco desde afuera, desde arriba. Y la mirada de preocupación, de pena, de certeza infinita de que, junto con el frío, vienen tiempos más difíciles, meses más difíciles, días más difíciles.

La mirada puesta en lo más pequeño, en el jarrito de aluminio caliente como última frontera de resistencia, de esperanza, como fuente de reparo, de sonrisa, de amor.

Se calientan sobre el fuego, chiquito y cotidiano, miles de jarritos de aluminio en un país que soñó con tiempos mejores.



Todo en capotado el día

cubierta tapado pura nube ningún sol
capas y capas de nubes una arriba de otra
hasta tapar lo todo y bajar la nada
solos nosotros los diarios y el trabajo y el recuerdo

aquellos años en que una nube
era señal de lluvia, señal de que
todo iba a florecer y se iba a llenar
el mundo de alegrías. Nos sacaron eso:
la alegría de pensar en las flores, incluso,
en medio de las tormentas.



Voy a escribir por las dudas, preventivamente. Voy a escribir por si todo empeora, por si sale mal, o se rompe, o me pierdo y termino en ningún lugar.

Voy a escribir sobre el sol de hoy, sobre las derrotas, sobre mis miedos, sobre las empecinadas enredaderas que no se dieron cuenta que es otoño y florecieron igual. Y sobre los sapos que hibernan o duermen o se disponen, amuchados en la maceta, a dejarse estar.

Voy a escribir sobre los huesos adoloridos, sobre lo mucho que me molesta la muela de juicio, sobre la incomparable sensación del aire entrando y saliendo, ahora mismo, de mi cuerpo vivo. Sobre mis arrugas, y mis uñas, y mi barba siempre en crecimiento imperceptible.

Sobre lo que quiero, y lo que quise. Sobre los que quiero y los que quise. Sobre la risa acurrucada en los ojos de tanto mirar a mi niño reír.

Voy a escribir sobre la ropa que me cubre y el privilegio de la ausencia del hambre, el privilegio del pan; sobre la sensación esta de después de leer los diarios, sobre el imbécil ese que me crucé en la calle, y sobre el poema que leí ayer o anteayer, por primera vez. Y quizás por última.

Voy a intentar dar cuenta de esto que se arrastra conmigo a veces como una mascota fiel y mansa, que me acompaña con la parsimonia de lo inevitable. A veces como un arrebato, como una fiera en carrera hacia su presa, como una tormenta, como nos persiguen los fantasmas de las cosas que no supimos saldar.

Voy a escribir sobre todo esto, tan familiar y tan cambiante; como una sombra que va mutando conforme gira el sol, o mejor, conforme nosotros giramos, aunque parezcamos tan quietos.

Voy a escribir por las dudas, para el futuro, como quien anota en un papelito lo que es y lo que cree, y lo mete en una caja de zapatos o en una botellita de plástico, y le enrosca la tapa, con fuerza, y hace un pozo, un pozo hondo, hondo, en el patio trasero de su corazón. Y ahí lo deja, para desenterrarlo más adelante, cuando haga falta recordar o ser recordado por lo que fue y, sobre todo, por lo que quiso ser.

Voy a intentar escribir sobre todo esto. Como un resguardo, como quien entierra las armas para salvaguardarse en los tiempos que vendrán.



Abracémonos.

Ya sé, ya sé lo que me vas a decir, pero olvidate, no hay razón ni estrategia, démonos un abrazo.

Un abrazo de gol, un abrazo apretado, de consuelo y de triunfo. El abrazo de los funerales y el del reencuentro; como el que le das al que vuelve para quedarse, al que se va por mucho tiempo. Un abrazo que nos confirme, ahí presentes, a pesar de todo, para lo que haga falta, más allá del tiempo y las circunstancias.

Un abrazo de final de partido, que perdona y felicita, y da pie al asado, a la charla, a que sanen los raspones.

Un abrazo cuerpo a cuerpo, un abrazo que te mueva para acá y me mueva para allá. Un abrazo.

Que se prolongue en la mano sobre el hombro, en esa pequeña alegría que te queda después.

Abracémonos, hasta con los enemigos, como los boxeadores, para que sientan el peso de nuestro cuerpo y se les cansen los brazos de pegar, y descansemos nuestro cansancio en su furia.

Démonos un abrazo ahora cuando nos veamos, un abrazo que nos contenga, que nos sostenga, que nos confirme.

En estos tiempos tan inciertos, confiemos en el cuerpo que sabe solo cuando el abrazo se termina y recién entonces... recién entonces viene lo que sigue.



Mi niño llora y dice que no le gustan las espinas, y quién puede culparlo ahí parado en medio del abrojal. Y yo, que sacaría una a una las espinas de este mundo con mis manos de acariciarlo, ahora solo le saco las espinas que se le quedaron clavadas, y lo distraigo contándole que esas espinas son semillas, que la naturaleza en su inmensa sabiduría siembra a partir de esos pequeños dolores, esparce la vida aunque para eso tengamos que sufrir un poco.

Yo, que entiendo que ahora él solo quiera praderas atendidas por jardineros, parques de césped artificial, plazas sin riesgos, dolores ni pinchazos, lo consuelo torpemente, quizá porque sé que llegará el día en que apreciará la rusticidad de un espinillo, la tenacidad del amor seco, la capacidad de sobrevivir a la podadora del abrojal que ahora lo lastima.

Yo, que ahora mismo enviaría al infierno al mismísimo dios solo por haber puesto esa pequeña espina en el llanto de mi niño, sé que el hombre que será algún día está hecho de todas las veces que estuvo parado en un abrojal.

Que sacarle todas las espinas del paso es condenarlo a no mirar por donde camina, a no saber andar cuando no hay veredas, a no ser capaz de abrir sus propios senderos.

Pero ahora mi niño llora. Lloro y dice que no le gustan las espinas. Y quién puede culparlo si el futuro no existe, si mi experiencia no es suya, si la naturaleza y dios y el mundo todo se le clavó como una espina.

Quién puede culparlo ahí parado en medio del abrojal.

Hay noches en que uno
casi
puede sentir como pasa el tiempo,
como envejece
silenciosamente
el cuerpo.
Y no hablo de edades, de estar viejo.
No.
Sino del tiempo pasando
por el tamiz del cuerpo.
Como una brisa que mueve
la cortina,
tenuemente,
y nos besa la piel
mientras ladran los perros a lo lejos



y un pájaro,
nocturno,
nos espanta el sueño.
Como un recuerdo
que no sabíamos nuestro
y repentinamente vemos que se anidó en el pecho,
que echó raíces
y que florece
bajo la luna o las nubes oscuras
mientras los colectivos vacíos pasan
innecesariamente sonoros
en la calle
afuera.
Hay noches en que uno
puede sentir como
silenciosamente
envejece.
Quizás
podríamos decir
que hay noches en que uno
tristemente
puede sentir
como envejece el cuerpo.
Pero no es así,
triste,
no siempre.
Más allá de la tristeza que siempre embarra las cosas
que nos definen
pero no nos pertenecen.



Como un lapicito con la punta redondeada, la esperanza. Con su trazo suave, grisecito, endeble. Tan fácil de borrar, la esperanza. Tan fuera de moda, tan no permitida en las evaluaciones oficiales, como un lapicito con la punta redondeada, la esperanza.

A veces acarreado su propio destino de olvido, sus ausencias rosadas y aferradas con oropeles, como uno de esos lapicitos amarillos, la esperanza.

Tan rústica, tan mineral, tan necesitada de una carcasa de vida dura, de buena madera, la esperanza.

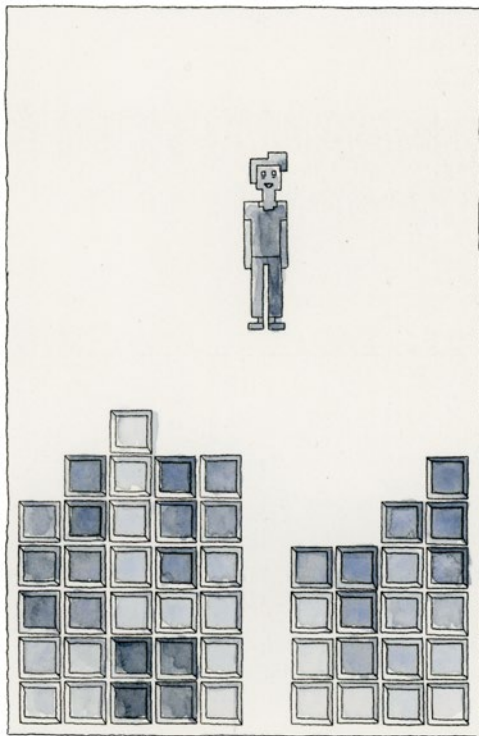
A veces solo ella en nuestras tristes manos para trazar las líneas que tendremos por únicas guías; a veces solo ella para dibujar las palabras que deben ser dichas; a veces solo eso para germinar los borradores, los ensayos, que después escribiremos con sangre para que no se borren nunca jamás.

La esperanza, regalo de los caritativos, de los planes sociales, de las ofertas del mercado, de los limitados alcances de nuestro esfuerzo después de gastar todo en pan y abrigo.

La esperanza, tantas veces colgada de las orejas de los laborantes y de los poetas del pobrerío. La esperanza, herramienta de trabajo del artesano avanzado e instrumento inicial para escribir los primeros trazos, infantiles, erróneos, dudosos, propios, nuevos.

La esperanza, atisbo de futuro trazando las historias que aunque viejas aún no fueron contadas debidamente.

La esperanza, lápiz de los pueblos, pequeña luz de humanidad en la oscuridad de la hoja en blanco.



Acomodar el cuerpo. Acomodarlo al sol que sale, al aire frío de la mañana, a la montonera del bon-di y los saltos del camino. Acomodar el cuerpo al día que viene, a la noche que pasó.

Acomodar el cuerpo hasta que se haga parte de la cosa, hasta que sea balsa andando sin esfuerzo en la vereda.

Acomodar el cuerpo a los tiempos que corren, a las quietudes forzozas, al agite necesario. Al contacto con otros cuerpos.

Acomodar el cuerpo para poder recibir de lleno, plenamente, todo lo que venga.

Acomodar el cuerpo hasta que nos colme, hasta ser puro músculo, puro hueso, puro aire en circulación.

Acomodar el cuerpo, acurrucarse en el propio cuerpo, empollar ahí. Hasta que nazca sonrisa y se expanda como un estallido, como una carcajada universal, que lo ensucie todo, y lo deje cubierto con nuestras tripas, con nuestra sangre, con nuestro corazón latiendo al aire, a la vista de todos.



A mí me parece igual que no es tan raro. Que no debería serlo, al menos.

Pensá en la ronda del mate. No en la rondita clara en una reunión de cinco, no. Pensá en la ronda confusa del mate en una clase o en una reunión grande de muchísimas personas. ¿Cómo se define hasta dónde llega la ronda, quién queda adentro y quién afuera? ¿Cómo se establece la frontera entre una ronda y la otra, entre el ámbito de incumbencia de un cebador y el otro mate?

¿Cómo se definen los roles: el que ceba, el que toma, el que va a buscar el agua?

¿Quién determina que el agua está lo suficientemente caliente o demasiado caliente y hay que dejar el termo destapado?

¿Cómo se define cuando ya no da y hay que cambiar la yerba?

¿Cómo se ordena la gente alrededor del mate dulce y el amargo?

¿Quién reniega del ritual de las cosquillas cuando se tapa?

¿Quién se mete a dar indicaciones cuando otro ceba?

¿Cómo se incorporan y da lugar a los pedidos de mate de alguien que no es parte de la ronda, pero tiró seña de pulgar en la boca, con esa mirada que es súplica y orden al mismo tiempo?

¿Cómo es que alguien elige y disfruta cebar, compartir su trabajo para que otros sean un cachito más felices?

¿Cómo es que nadie piensa en recibir nada a cambio?

¿Cómo es que no se espera que nadie agradezca salvo cuando se retira?

¿Ves? No es tan raro, lo hacemos todo el tiempo. Y todas las decisiones suelen estar cruzadas por una profunda justicia, los desacuerdos son inconcebibles. La fraternidad está ahí, es parte de nuestra cultura inmemorial, de nuestros códigos. A veces sospecho que la principal tarea es encontrar los modos de tender los puentes entre lo más chiquito y lo general, entre lo cotidiano y lo perenne, entre lo personal y lo político.

Vaya uno a saber si es tarea de artistas, de educadores, de militantes, de amigos. Vaya uno a saber si esas son diferencias que deban seguir vigentes en estos tiempos difíciles.



Que cada cual cuide un árbol.

O se hermane con algún bicho. Que cada quien elija su río, su monte, su piedra, su cacho de tierra, su estrella y aúne su vida a ese pedazo de cosmos.

Que cada quien elija su deidad orgánica o mineral, y ate el devenir de los días a su existencia.

Como magia vieja, atados a algo que nos deshumanice para comprender en la rabia desapasionada de los depredadores, en la multiplicación infinita de los últimos de la cadena alimenticia, en la mansedumbre de la piedra, nuestra humanidad perdida cuando nos expulsamos del paraíso de tanto pensarnos.

Que cada quien beba su ayahuasca, y se vomite las ciudades, los libros, la pantallas táctiles y se vacíe para llenarse de aire. Aire nuevo alucinado. Y mire, de nuevo, desde la altura del pájaro o desde la profundidad barroca de la lombriz, desde el corazón frutal donde crece el gusano, desde la humedad empedrada de un sapo, que desde ahí mire de nuevo el mundo.

Capaz así.



Si me voy a morir que sea nunca.

Que no se apaguen las lucecitas amarillas, que no termine, nunca más, la retirada. Que sea nunca.

Si me voy a morir que no sea ahora ni que sea ayer. Que no sea en este viaje, ni cuando vuelva, ni en medio del llanto ni mucho menos de la risa. Si me voy a morir que sea nunca.

Que no sea mañana, no esta noche porque quiero ver todos

los amaneceres, y merendar para siempre y cenar milanesas. Con fritas.

Si me voy a morir que sea otro día, alguna otra vez, en otra vida. Que sea nunca.

Que no sea ahora que estoy tan triste, que te extraño. Ni cuando estemos juntos, pura felicidad. Si me voy a morir que sea cuando ya no le tema a la muerte, que sea nunca.

Que no sea en medio de este cansancio ni después de la siesta, cuando todo brilla en HD. Si me voy a morir que no sea ahora que se encienden los faroles de las plazas y las luces de las catedrales, ni mañana cuando se apaguen uno a uno los focos de las calles para ahorrarle gastos al erario público.

Si me voy a morir que no sea en otoño, las calles crujientes de hojas, ni en primavera todo empimpollado el mundo.

Que no sea envuelto en el frío del invierno, que no sea una muerte gélida, ni cuando transpire verano, que no se pudra mi cadáver al sol. Si voy a morir que sea nunca.

Si me voy a morir que no sea en una terapia ni en una cama, que no sea en medio de la calle, ni en un accidente aéreo, ni en una guerra ni al resbalar con el jabón en la bañera. Ni en la cocina, haciéndome un té con miel. Que sea nunca.

Si me voy a morir que sea cuando pueda decir “ya está todo”, “ya no vale la pena”. Que sea nunca.

Si me voy a morir que sea nunca. Que sea enfermo de una inexplicable inmortalidad, que sea nunca.

Si me voy a morir que sea sin perderme nada. Pero nada, nada. Aparte de eso, a nada le temo. Aparte de eso, de nada reniego. Aparte de eso, nada pido: si voy a morir que sea nunca. Y nada más.



A qué le vas a cantar cuando caiga la noche. A qué cosas le vas a dedicar la mirada, las manos, las caricias, el dolor de saber que al final, al final, todo se acaba. A qué vas a dedicarle tu canción cuando caiga la noche y te pueble el silencio, y se hayan quedado sin batería los celulares, y no tengas señal. A qué vas a dedicarle una sonrisa o una lágrima esta noche, en medio del insomnio, sentado en la soledad esa que existe cuando todos duermen, todos menos vos y ese gato negro que tenés agazapado en el pecho, debajo de los músculos y los huesos y las tripas blandas, llenas de sangre.

A qué le vas a dedicar las búsquedas, los extravíos, las desmesuras.

Esta noche, cuando los noticieros ya no estén y todo sea silencio, cuando el sonido acompasado de tu respiración se acomode a tu lado como un perro enorme, peludo y tranquilo a hacerte compañía, a qué le vas a dedicar los versos imposibles que nunca vas a pronunciar porque son todo lo que sos, porque poder decirlos sería poder nombrarte entero. Cuáles van a ser las palabras que te definan, qué verbos, qué adjetivos.

Qué palabras te van a nombrar, esta noche, cuando solo eso te nombre.



Vamos a cambiarlo todo. Vamos a nombrar todo de nuevo, llamaremos a las cosas por su nombre, su nuevo nombre, nuestros nombres. Al pan le diremos pan y al vino le diremos vino; y así con todo.

Vamos a hacer que las cosas se llamen como nosotros queremos. Le vamos a decir amor al amor, y hogar al hogar, y cárcel a las cárceles. Le vamos a decir frío al frío, y hambre al hambre.

A la pena, la llamaremos pena. Así, sin más.

Le vamos a poner palabras nuevas a las cosas, vamos a explicar el universo otra vez, a crearlo otra vez, a ordenarlo otra vez. Diremos cielo al cielo, y techo al techo. Y cuando digamos afuera será afuera, y cuando digamos adentro será adentro.

Vamos a usar las palabras como hace mucho que no son usadas. Las vamos a usar a todas. Diremos alegría y diremos hijo y diremos calor y mandarinas y asado y fuego y amigos y barrio. Diremos calle, esquina, música. Todo vamos a decir, todo de nuevo.

Le vamos a decir policía a la policía. Le vamos a decir encierro al encierro. Le vamos a decir discriminación a la discriminación. Pobreza a la pobreza. Y a la muerte, a la muerte le vamos a decir muerte.

Vamos a mandar todo a la mierda, a que se vayan todos a cagar, vamos a amotinar el mundo, y vamos a nombrarlo todo de nuevo.

Quizás con nuestras palabras, quizás con palabras prestadas, quizás haya que robarlas, robárselas. No importa, eso no importa. Lo que importa es que vamos a hacer que las palabras digan de nuevo el mundo. Capaz igual, más o menos igual.

Pero esta vez con nosotros adentro: con nosotros adentro del mundo, y afuera de acá.

Los
autores

“Yo combino lo que opino con lo que domino
y lo decoro con mi flow latino”

Tego Calderón

“Un Bellini no deja pizza”

Lema familiar



LUCIANO DEBANNE

¡Hola! Mi nombre es Luciano Debanne.
Soy comunicador social y siempre tuve ganas de meter la cuchara en las discusiones, de escuchar, de opinar, de decir cosas. Este librito es parte de eso.
Quisiera que mis textos estén en las charlas en la verdulería mientras se discute el precio de la cebolla, en las planificaciones de talleres de formación o de una clase, o en las conversaciones con una cerveza al frente.
Que esté ahí metido en medio del quilombo de la vida.
Ojalá pueda acompañar también algún momento de soledad, de silencio, de quietud.
Para eso escribo. No tienen mayores pretensiones que esas estas palabras: ser compañía cotidiana.
Ojalá así sea.

>> www.facebook.com/lucdebanne



JP BELLINI

¡Hola! Soy JP Bellini, ilustrador y diseñador gráfico. Entré a la primaria en 1990 y terminé el secundario en 2001. Trabajé como diseñador en el Teatro Real, en el Teatro del Libertador San Martín, y desde el 2012 en la Universidad Nacional de Córdoba. En 2013 me crucé con una lata de acuarelas buscando diseñar mejor, y terminé haciendo talleres de ilustración y pintura. Además de la UNC, diseño e ilustro libros de forma independiente, y el resto del tiempo dibujo, pinto, comparto en las redes y participo en muestras. En 2018 recibí una beca de creación del Fondo Nacional de las Artes para un proyecto que conjuga diseño, ilustración y las tres cabezas de la estatua de Ana Frank.

>> jpbellini.tumblr.com



Ediciones de la Terraza Cuando un libro se abre, junto con él, se abre un camino. Deseamos que, al hojear sus páginas, viajes y explores destinos insospechados. No solo desde los textos, sino también descubriendo los relatos que proponen las ilustraciones.

Publicamos todos nuestros libros bajo licencias Creative Commons, para que puedan tender nuevos puentes entre creadores y lectores. De esta manera nos sumamos a muchos otros proyectos que entienden que la construcción del conocimiento y la cultura es colectiva.

Creemos en un trabajo conjunto, entre autores y editores, acompañados por una comunidad que apuesta a otras formas de producción cultural, solidarias y comunitarias.

>> edicioneslaterraza.com.ar

Un índice

20 textos	11
1. Si yo escribiera un libro	12
2. Hoy en un bar	15
3. Yo creo que hay que mirar el mundo fascinado	17
4. H4y qu13n35	19
5. Yo veo mucha gente que hace cosas buenas	20
6. ¿Sabes qué pasa? Hay causas que requieren poesía	22
7. ¿Qué forma tiene tu hambre?	25
8. Se calienta sobre una hornalla	27
9. Todoencapotadoeldía	29
10. Voy a escribir por las dudas	30
11. Abracémonos	33
12. Mi niño llora	35
13. Hay noches en que uno	36
14. Como un lapicito	39
15. Acomodar el cuerpo	41
16. A mí me parece igual que no es tan raro	42
17. Que cada cual cuide un árbol	45
18. Si me voy a morir que sea nunca	46
19. A qué le vas a cantar cuando caiga la noche	49
20. Vamos a cambiarlo todo	50
Los autores	54

Debanne, Luciano

20p / Luciano Debanne ; ilustrado por Juan Pablo Bellini. - 1a ed ilustrada.

- Córdoba : Ediciones De La Terraza, 2018.

64 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-4991-00-3

1. Relatos Personales. 2. Literatura Política. 3. Vida Cotidiana. I. Bellini, Juan Pablo, ilus. II. Título.

CDD A863



Primera edición: Diciembre de 2018



DE LOS TEXTOS, Luciano Debanne



DE LAS ILUSTRACIONES, JP Bellini

La versión digital de estas páginas está disponible de manera gratuita para todos los que nos la soliciten a edicionesdelaterraza@gmail.com porque quienes hicimos este libro creemos en una cultura cada vez más libre.



Ediciones de la Terraza

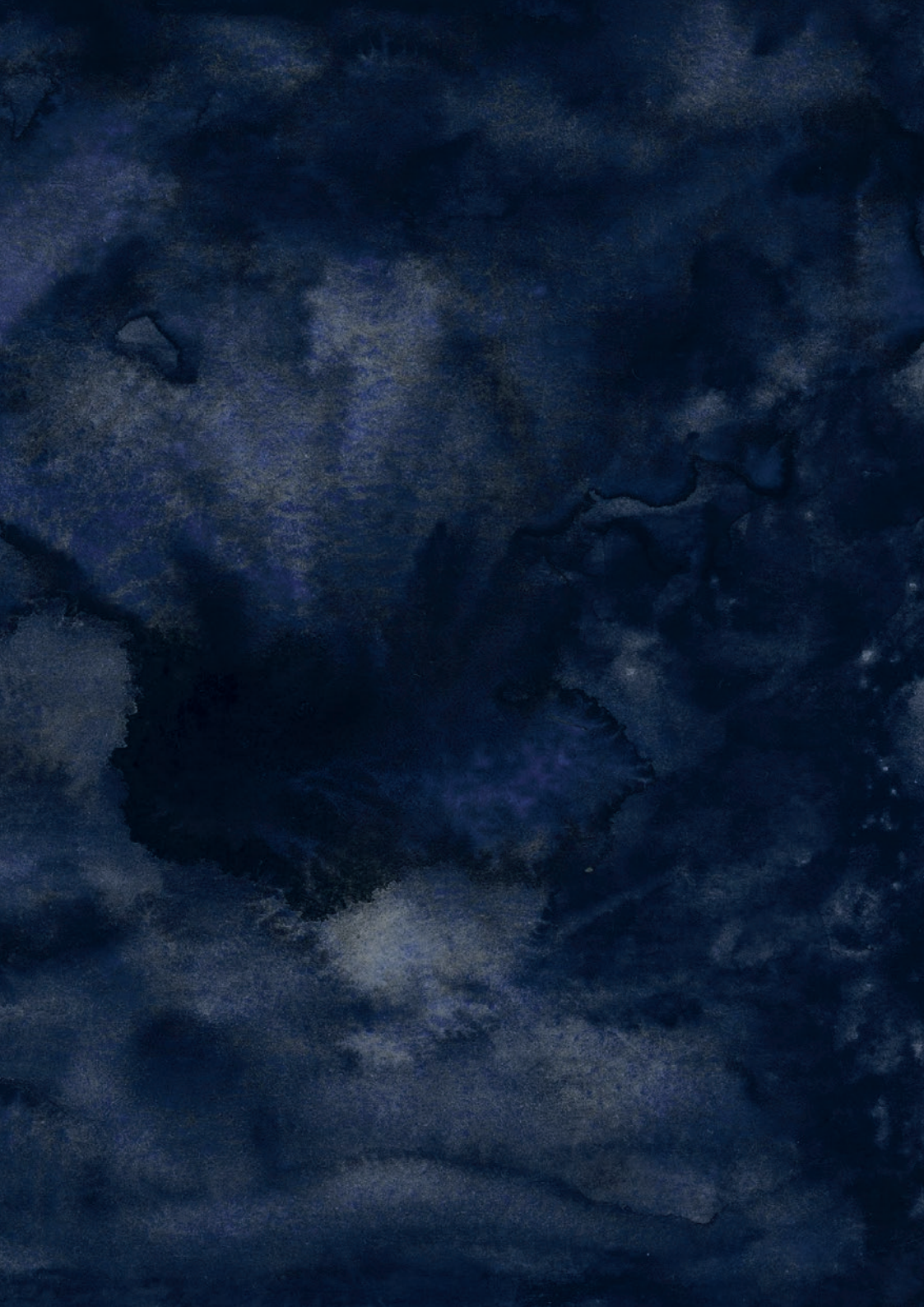
Editores: Vanina Boco, Barbi Couto, Mauricio Micheloud

La Rioja 754, Terraza, Córdoba, Argentina

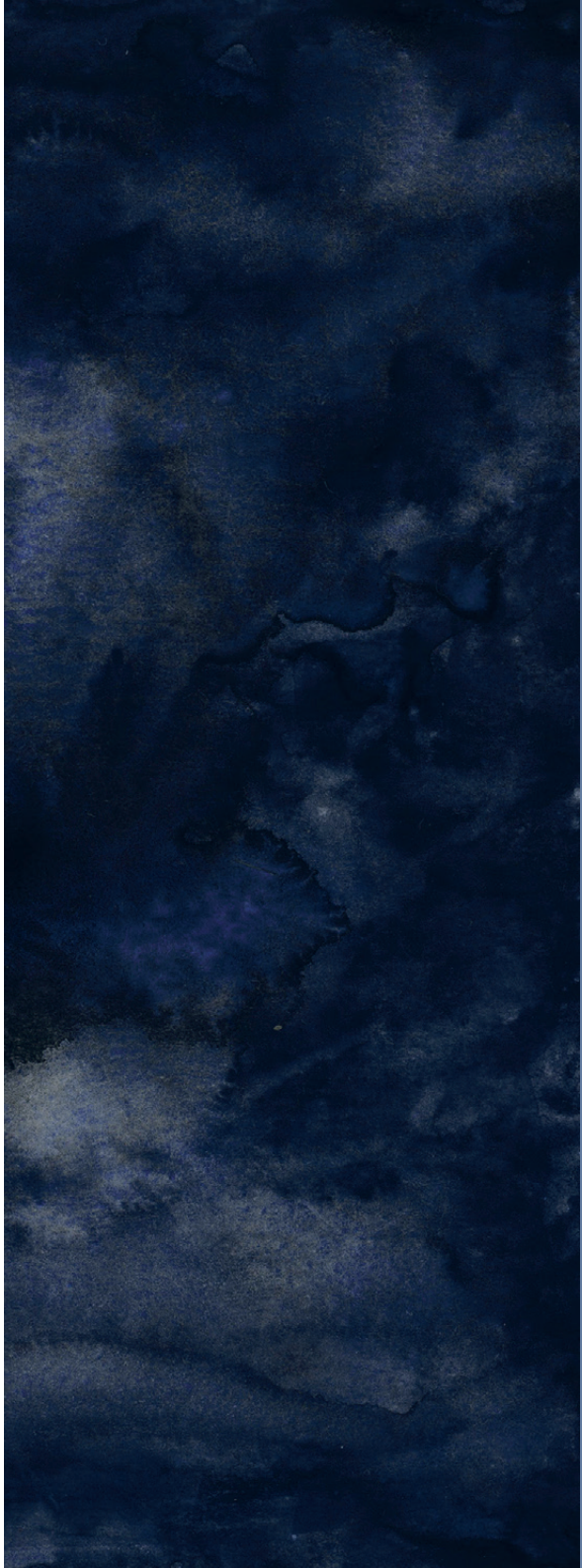
www.edicioneslaterraza.com.ar

Impreso en Argentina - Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723.

Se imprimieron 1000 copias de "20p" durante diciembre de 2018, en Premat Industria Gráfica SRL, Entre Ríos 2650, Córdoba, Argentina, premat@prematgrafica.com.ar







En este libro usted va a encontrar textos chiquitos,
perecederos, cotidianos, inocentes, precarios...
Textos escritos como quien hace malabares en el semáforo,
sin pretensiones, llenos de desprolijidades, sometidos
a los avatares de la intemperie, al viento y al sol.
Pero no solo eso: también hay ilustraciones
como quien garabatea algo mientras espera
que lo atiendan en un banco o en el hospital.

Un libro hecho en medio de la calle y las rutinas,
para ganarse, con suerte, el billete de 20p.



9 789874 991003